

# CEDEÓN

ES EL PERIÓDICO DE MENOS CIRCULACIÓN DE ESPAÑA

10 céntimos NÚMERO SUELTO 10 céntimos

DIRECCIÓN: LOPE DE VEGA, 39 Y 41.—ADMINISTRACIÓN: SERRANO, 55

AÑO XI

MADRID, JUEVES 23 DE FEBRERO DE 1905

NUM. 483



## UNA VISITA DE ATENCIÓN

SANCHO.—AQUÍ VENIMOS MI RUCIO Y YO A DARLE GRACIAS AL MINISTRO POR HABERSE ACORDADO DE NOSOTROS.

UN GUARDIA.—BIEN; USTED SÍ PUEDE SUBIR, PERO EL BURRO...

SANCHO (CON CIERTA NATURALIDAD).—¡PUES ME PARECE QUE NO ES ÉSTA LA PRIMERA VEZ QUE UN BURRO HA SUBIDO AL MINISTERIO!

# JUEVES DE GEDEÓN



Mucho te agradezco tu venida, Calínez. Estaba esperándote con impaciencia.

—¿Ocurre alguna novedad?

—No; todavía seguimos con Villaverde, aunque haya un síntoma terrible contra su vida ministerial: Silvela ha declarado que D. Raimundo permanecerá largo tiempo en el Poder.

—¡Mañana le dan los óleos! Lo más terrible que le puede ocurrir á un gobernante es que D. Francisco le asegure grandes bienandanzas. Todo lo que dice y todo lo que hace el hombre de la daga ética debe de entenderse al revés. Nunca se ha mezclado más en la gestión pública que desde que se retiró de la política. ¡Si hasta le silban en Cataluña como si fuera Presidente del Consejo de Ministros! Dice que va á inaugurar un trozo de ferrocarril, y lo que inaugura es un muro; y si considera, en suma, que don Raimundo con su Besada van á hacernos felices mucho tiempo, cátales muertos pasado mañana. ¡Terrible cosa me has dicho! Creo ya á Villaverde mucho más enfermo que la peseta. ¿Por eso me esperabas impaciente?

—No, Calínez; te esperaba lleno de impaciencia para que me prestes un pequeño pero señalado favor. Deseo que me rices el pelo.

—¿Cuál?

—El de la cabeza.

—¿Cómo?

—No seas posma, Calínez. Aquí tienes las tenacillas y el aparato de alcohol. Pégale fuego con un fósforo, calienta el hierro y riza.

—¡Pero si es imposible!

—¡Ah, ya! te falta el peine; tienes razón. Bueno, pues aquí está el peine. Y ahora, ¿qué te falta?

—¡El pelo! ¿Cómo pretendes que yo saque bucles y tirabuzones de una cabeza más calva que el sombrero de copa de Weyler?

—¡Vaya, vaya! déjate de observaciones inoportunas y riza. Somos amigos desde la infancia, y no creo haberte pedido en todo ese tiempo ni el favor de que no me leyeras las últimas composiciones de Grilo. ¿Tan de capa caída van los afectos humanos, que ya la amistad retroceda ante unas tenacillas? Empúñalas y cumple tu cometido, ó maldeciré de la ruindad y negrura de tu corazón.

—Eso no, Gedeón. Pídemelo que quieras: el voto para diputado provincial, la cédula de comunión, el retrato de Silvela hecho por Cánovas, y que esté hablando; pídemelo que te recite todas las excepciones de la ley del Descanso dominical, que han dejado á la ley convertida en la verdadera excepción, y me las aprenderé de corrido. Pídemelo en prueba de leal y constante amistad, ¿qué te diré yo? que

resuelva en seguida por medio de un laudo la huelga de maestros cantores que padecen las piedras de Madrid, y la de maestros canteros que aflige en estas postrimerías de la temporada del Real al afligidísimo Sr. Arana. Pídemelo, en fin, cinco duros, que es la petición más dura que puede aquejarnos á los españoles; pero no me pidas que te rices el pelo que no tienes, porque ante esa terrible demanda me confesaré vencido y desolado.

—Bueno, no se hable más del asunto; todo acabó entre nosotros. Devuélveme las tenacillas y vete á Vilasar con Silvela ó á vacunarte con lotería municipal. ¡Para mí ha muerto Calínez!

—Vaya, hombre, reflexiona, considera... No se acaba así un afecto tan viejo y entrañable. Y sobre todo, ¿qué necesidad tienes tú de rizarte el pelo que no tienes? Contéstame siquiera á esa pregunta, aun cuando nos separemos para siempre.

—Quiero, por última vez, acceder á tus deseos, y voy á responderte. No creas, Calínez, que mis rizos respondan á un vano impulso de coquetería, ¡oh, no! Mis rizos representan nada menos que la razón de la existencia de Villaverde en el Poder.

—¡Dios mío! ¿D. Raimundo está pendiente de tus bucles? ¡Se desnucan!

—«¿Qué hacen, se pregunta la gente, los ministros en la actualidad? ¿A qué beneficiosas faenas gubernativas y económicas se consagra su insigne Presidente?»; y los ministros responden: «Nosotros trabajamos en silencio.» Y el Presidente dice: «Traigo una gran labor entre las manos.»

—Pero, hombre, ¿que nunca ha de tenerlas quietas D. Raimundo!

—«Bueno, replica la gente; ¿pero cuándo van ustedes á abrir las Cortes, cuándo van á presentarse ante la representación nacional de los súbditos y protegidos de Maura?» «Cuando acabemos de trabajar», responden los ministros. «Cuando termine esa labor que traigo entre las manos», dice Villaverde.

—Todo eso es verdad, Gedeón; reflexa como un espejo de D. Antonio, que es el que se mira deleitosamente en mejores espejos, el actual estado de la política. ¿Pero qué tiene que ver la labor que trae entre las manos D. Raimundo con tu deseo de que te rices la calva?

—Que son dos labores idénticas, Calínez: él, en unión de sus compañeros, está rizando un presupuesto mucho más calvo que mi cabeza, y no sé por qué tú no me has de rizar los pelos que no tengo.

—¡Acabáramos! Si la operación es simbólica y hasta nacional, no puedo oponerme á ella. Voy á pegar fuego al alcohol, aunque se queme Osma, é inmediatamente calentaré las tenacillas.

—Hazlo así, Calínez, y seremos tú y yo hombres de nuestro tiempo. Ya tú ves, el gran Cobián está rizándonos barcos y arsenales en el presupuesto de su departamento marítimo (el Ferrol), siendo así que ni los barcos ni los arsenales existen. Besada nos va á hacer bucles de la policía, para que se queden prendidos de su encanto los ladrones. Vadillo mueve alegremente las tenacillas y los ágiles remos en el presupuesto de Obras públicas rizando carreteras, ferrocarriles y aguas chicas y mayores empantanadas sobre el azul pliego de la fantasía. García Alix, á quien rizó graciosamente la Naturaleza, está llenándonos de papillotes la Hacienda, hechos con las últimas y ya falsificadas emisiones de papel fiduciario. Todos trabajan, todos rizan cifras y guarismos de pelos que no existen; y en cuanto á D. Raimundo, ¡oh! ese genio admirable de las finanzas nos sacará en tiempo oportuno unos tirabuzones que dará gloria verlos.

—¡Admirable! ¡admirable! ¡Ya ardo en deseos de ver los tirabuzones de D. Raimundo!

—Entonces será el momento de abrir las Cortes, cuando puedan presentar ante ellas un presupuesto rizado en la calva pelada de la nación, y entonces serán los vítores y los entusiasmos del público y los celos y las tristezas de los enemigos del genio de las tenacillas.

—Nada, no digas más, ya están calientes. ¿Cómo se conoce que son villaverdistas! Prepara la cabeza y empecemos. Bájala un poco; no, levántala un poco; no, inclínala hacia este lado. No, no, hacia el otro.

—¡Caramba, Calínez! ¡eso es zanzandarme la cabeza!

—¿Qué quieres! Por más que miro, no veo un pelo. ¿No te podrían traer la sopa, á ver si encontrábamos alguno? Espera, espera, que aquí hay un mechoncito; ¡nos hemos salvado!

—Riza, pues, á conciencia.

—Así lo haré, pierde cuidado. Y dime: si después de tanto y tanto rizar presupuestos calvos no llegáis á las Cortes, ¿qué va á ser de vosotros?

—Siempre nos quedará el recurso de salir en estudiantina por las calles de Madrid durante los próximos Carnavales. Bien sabes, Calínez, que no se puede salir de tuna sin el pelo rizado.

—¡Tendría que ver un Gabinete de don Raimundo convertido en una tuna de Villaverde! Y Besada, ¡un éxito loco! Mucho mayor que gobernando.





## LOS NUEVOS PELMAS DEL CAFÉ DEL PRESUPUESTO

LOS MOZOS, DIRIGIÉNDOSE A LOS PELMAS.—¡EH, QUE YA HAN CONSUMIDO USTEDES LOS CUARENTA CÉNTIMOS Y NUESTRA PACIENCIA! ¡A AHUECAR TOCAN!



### La media hora

Somos felices!... La media horita suprimida despiadadamente por el conde de San Luis—ese Herodes del género chico!—va á concederse de nuevo á todos los teatros que gozaban de su posesión.

Han sido tantos los trabajos de las empresas, tan generales las protestas y tan airados los comentarios que suscitó la decisión del gobernador, que por fin el ministro correspondiente, el propio Vi-

llaverde y el Consejo de Estado se muestran partidarios de la concesión.

No saldremos, pues, de los teatros á las doce y media en punto, como quería Su Excelencia: saldremos á la una. Y esta media hora de prórroga, por cuya conquista hemos luchado todos con decisión y arrojo dignos de mejor empleo, viene á colmar nuestros anhelos artísticos y nuestras ansias de regeneración.

¿Qué hará el conde de San Luis? ¿Continuará en su puesto, á pesar de la derrota?... ¿Mandaré encender nuevamente las

estufas de su casa para retirarse del Gobierno?... ¡Quién lo sabe!

De todos modos, como este es el único asunto en que mostró de veras sus energías de autoridad, él le servirá como lema de su escudo político; lema justo, recreativo y hasta simbólico, si se quiere, que puede servir por extensión á la España contemporánea. ¡Dulce país el nuestro, donde las minucias parecen cosas grandes, ya que de éstas nadie se preocupa! ¡Hermosa tierra del arte por horas y de la política por medias horas!

J. Xandari

# Podomancia

Podomancia; esta es la ciencia que acaba de aparecer, dedicada á descifrar el lenguaje de los piés. No trata de descubrirnos —que ya lo sabemos bien— lo que un pisotón indica, lo que dice un puntapié, lo que va envuelto en la seña que nos hace una mujer cuando recatadamente nos pisa con timidez... Nada de eso: el podomanta sabe, ó pretende saber, examinando á conciencia rasgos y rayas del pie, la condición de su dueño, su espíritu y su valer... ¡y hasta el futuro averigua con bastante lucidez!... En París se han publicado, y en nuestra villa también, podománticos estudios de Combes, Rostchild, Loubet, Chamberlain, Eduardo VII, de la Cleo y de Coppée; y aunque esta guasa es muy propia del espíritu francés, si aquí un podomanta viene tendrá no poco que hacer. Políticos á la antigua, genios viejos de doublé, pobres literatos cursis con vistas á la ñoñez, autores de memodramas, satíricos de alquiler, pintorcillos á la crema, músicos de medio en diez, ¡todos con los pies trabajan! ¡que les estudien los piés! ¡Oh progreso de los tiempos, que hoy alcanzamos á ver con el natural asombro, con el debido interés! ¡Quién sabe si en un juanete la gloria está ó el placer, y si es un ojo de gallo señal de amor ó de fe!



## En, con, por, de, sin, sobre el homenaje

Pueden respirar tranquilos los que consideraban como una catástrofe nacional el homenaje proyectado á Echegaray en nuestro teatro de la Opera.

Se ha abandonado tal idea, al menos por ahora.

«La Sociedad de Escritores y Artistas, deseosa—dicen los periódicos—de aumentar en todo lo posible la solemnidad del homenaje que prepara para celebrar el triunfo recientemente alcanzado en Suecia por D. José Echegaray, se ha puesto de acuerdo con el Ateneo, y defiriendo á los deseos de esta docta Corporación, ha decidido aplazar la fiesta preparada, á fin de poner en armonía su programa con las valiosas iniciativas de aquel Centro de cultura.»

Con este piadoso aviso pretende taparse la Sociedad de la corona y del bailecito, del ridículo programa, de la plancha lírica del Real.

¡Porque mire usted que cantar á estas alturas *La mia bandera* y *La partida!*...

Se echaba de menos el *Vorrei morire* y la *Stella confidente*, para que el homena-

je hubiera sido algo así como una reunión cursi de piso tercero.

Además, nos amenazaban una overtura de los primeros días del maestro Caballero y una cantata de Bretón con voces del Conservatorio, bajo el título de *¡Gloria al poeta!*

Afortunadamente no ha llegado la cantata al río, y puede servirle al maestro para el primer poeta que rompa plaza y para otro homenaje en buenas condiciones.

¡Nos salvamos de milagro!

¿Y el ridículo desfile de cómicos ante Echegaray disparándole serpentinas y *confetti* de laurel?

¿Y el discurso del Sr. López Muñoz, que por lo visto tiene en su poder un kilométrico oratorio y viaja con él por todas partes, y ora sirve para el barrido de unos juegos florales, ya para este fregado del homenaje?

Echamos muy de menos en el admirable programa del Real un cinematógrafo con algunas vistas de la Manchuria, un prestidigitador, y ¡qué menos que una pareja de sevillanas y su buen tango sicalíptico á fuerza de moverse!

Por supuesto, sin olvidar el consecuente y acreditado orfeón, á voces completamente solas, porque ya al llegar este número no quedaría nadie en el teatro.

No es posible que tal homenaje, pensado en la forma que iba á celebrarse, lo hubieran organizado amigos y admiradores del autor de *A fuerza de arrastrarse*. Festejar el éxito de un dramaturgo colocando á modo de *levar du rideau* un acto de una de sus obras, así como para dar lugar á que se vaya acomodando la gente, y luego su buena ristra de gorgoritos y otras armas al hombro musicales, es sencillamente un disparate.

Muchos, al leer el programa, pensaron que más que una función organizada en honor de Echegaray, lo era á beneficio de una Casa de Socorro ó para redimir del servicio de las armas á algún pariente de un artista lírico.

Otros creyeron que el producto de la función—si por fin hubiese sido de pago—se entregaría á Echegaray para redimirle definitivamente del servicio literario.

En fin: todo, menos que se iba á honrar á un anciano ilustre.

Como no faltan muchos y consecuentes discípulos de aquel inolvidable corregidor de Almagro, en estos días algunas personas no han podido dormir tranquilas con el tan desacreditado homenaje.

Y hasta se pensaba en un rapto para impedir que D. José asistiese á la mojiganga del teatro Real.

Otros decían filosóficamente, y puede que tuvieran razón:

—¡Pero, señor! ¿qué más da que el homenaje sea lírico con unas cuantas gotas de *El gran galeoto*, que á palo seco de verso y prosa?

¡La cuestión es pasar el rato!



## Con azúcar...

Como á todos nos molesta la ley que aplicada está respecto al archi-famoso descanso dominical,

poco á poco se procura que aminore su furor, y al pie de cada precepto crece y medra una excepción.

Cuando llena de excepciones contemplemos esa ley, ¿cómo podrá secuestrarnos ni abusar de su poder?

Ahora mismo se ha logrado entre otras enmiendas mil el que puedan en domingo los confiteros abrir.

Que abran las confiterías me parece natural,

porque así podremos todos los domingos endulzar,

y en recuerdo de los sabios que arreglaron esa ley, tomaremos dos almendras, comeremos un pastel.

¡Oh qué dulce compostura nos ofrece esta «excepción!»...

Si huele mal la ley sola, ¡con tanto azúcar, peor!



## Café por secciones

Ó POR HORAS, COMO EL GÉNERO CHICO

Los dueños de cafés, la congregación ó el Santo Sinodo de cafeteros, han publicado recientemente en los periódicos una especie de *ukase* contra los fieles parroquianos.

En todas partes se pretende inocular el suero para matar el microbio del *momio*.

Ya en los teatros se ha combatido energicamente el *tifus*, que diezaba las contadurías; ahora se pretende llevar el mismo plan de saneamiento á los cafés, y la fórmula se encierra en la siguiente circulatoria disposición:

«Se hace saber al público que el dueño de cada café podrá prohibir que permanezca más de una hora ocupando una mesa el consumidor que haga cuarenta céntimos de gasto, y que el parroquiano que llegue solo al establecimiento, podrá ocupar un puesto en la mesa que haya hasta tres individuos, á menos que el que la ocupe haga consumo en relación á los puestos desocupados, hasta el número de cuatro de que consta una mesa.»

Este nada piadoso aviso ha llevado al seno de las clásicas tertulias de café la más honda melancolía.

Gracias al acuerdo de los cafeteros, venimos en conocimiento de que una mesa de café se compone de cuatro parroquianos, es decir, que se les reserva una pata á cada individuo.

Nada dice la circular de si se consideran personas para el efecto de los cuatro individuos que han de componer desde hoy en adelante las mesas, á los niños menores de cuatro años y militares sin graduación, así como á las criaturas de pecho, que podrán—nos figuramos—llevar como suplemento sus respectivas madres ó amas de cría.

Desaparece con esta medida el clásico señor que no tomaba nada con el pretexto de que esperaba á uno, y las tertulias asimismo sufren rudo golpe con la división de cuatro en fondo, como si se tratara de reclutas.

El que quiera estar al amparo de la legalidad cafetera, tiene que consumir á razón de cuarenta céntimos por hora, como cualquier vulgar contador, y así diremos,



## SIEMPRE EN SU PUESTO

A PESAR DE HABER COMENZADO LA VEDA, MAURA SIGUE TIRANDO COMO SI TAL COSA.



no como antes cuando se retardaba un amigo que nos había citado: «¡Hace dos horas que te estoy esperando!» sino esto otro mucho más modernista: «¡Hace ochenta céntimos que me tienes aquí!»

Lo que encuentro realmente difícil es poner en la calle á los parroquianos que pasen de la hora sin hacer nuevo pedido, y sin el escándalo consiguiente.

¿Cómo se les indicará?

¿Diciendo el camarero en alta voz, como en el antiguo estanque del Retiro:

«número 22, la hora», ó pasándole un papelito como en los billares?

¿No concederán los cafeteros el clásico y cortés cuarto de hora español?

Yo creo lo más práctico y eficaz la colocación de despertadores en las mesas. Es el aviso más ruidoso y más justo.

¡Terrible disposición ésta de los cafeteros para los que mataban la noche en el café, empadronados en una tertulia en la que de diez personas, dos por lo menos, hacían gasto!

¡Se acabó el momio!

Hoy, al entrar á un café, al individuo que veamos sentado solo en una mesa teniendo que consumir por cuatro, según lo dispuesto recientemente, habremos de saludarle como á uno de nuestros primeros capitalistas.

La murmuración desde hoy está sujeta á tarifa, y los que se complacen en hablar mal y envidiosamente de sus compañeros, tendrán que aprovecharse sacándole el jugo á los cuarenta céntimos.

## Lamentación

(CON SU ESTRIBILLO CORRESPONDIENTE)

Bueno... ¿y qué hay de las Cortes?  
Nada se sabe...  
¡Que hoy todos ignoramos  
si nos las abren,  
ó si siguen cerradas  
por ser prudente,  
ó si una tarde de estas  
nos las disuelven!...  
Y en verdad que el asunto  
ya no interesa,  
ni á nadie le preocupa,  
ni á nadie inquieta.  
Ya el amor á las Cortes  
muere, se extingue...  
¡que, abiertas ó cerradas,  
de nada sirven!  
¡Oh tiempos venturosos  
de nuestros padres!  
¡Oh tardes del Congreso!  
Felices tardes  
en que, de cuatro á siete  
ó á siete y media,  
se lucieron los dioses  
de la elocuencia...  
Hoy, en vez de oradores,  
hay vocingleros,  
caciquillos audaces  
¡todos pequeños!...  
No al hallarnos sin Cortes  
me pongo triste...  
¡que, abiertas ó cerradas,  
de nada sirven!  
¡De nada!... ¿Qué sacamos  
con los debates  
tan in... (aquí un relleno)  
significantes,  
tan inútiles, como  
los que promueven  
los padres de la patria  
constantemente?...  
Por eso á nadie importa  
que abran las Cortes,  
ni piensa en que terminen  
las vacaciones...  
La gente, con su ayuda,  
nada consigue...  
¡que, abiertas ó cerradas,  
de nada sirven!  
De tal escepticismo  
bien se aprovecha  
don Raimundo... ¡ese genio  
que nos gobierna!...  
Por detrás de las Cortes  
triumfa y nos manda,  
y luce sus talentos  
á sus espaldas...  
¡Si asoma las narices  
por el Congreso,  
sólo con asomarlas  
se queda muerto!...  
¿Cómo ha de abrir las Cortes?...  
El también dice  
¡que, abiertas ó cerradas,  
de nada sirven!  
¡Injusticias humanas!...  
Por ese miedo  
se desinfló el abdomen  
de don Marcelo...  
Y ya que á él le obligaron  
á ser valiente,  
¿por qué no hacen lo mismo  
con Villaverde?...

¡Váyase usted al Congreso  
ó á su casa!...  
¡Que abra pronto las Cortes,  
que corre prisa!...  
Pasaremos el rato,  
si se decide...  
¡que, abiertas ó cerradas,  
de nada sirven!



## ¡El papel vale más!

(NOTAS BIBLIOGRÁFICAS)

Ha leído usted *Aita Tettauen*?  
—No, pero aquí tengo *El A B C del dinero*.

—¿Cuál A B C, el que ha nacido para ser diario?

—No, señor, un libro de Carnegie, traducido por *La Vida literaria* en un castellano que no pasa por tal, ni siquiera en la Quinta Avenida de Nueva York.

—Pues, hombre, lea usted *Aita Tettauen*. Es una hermosa novela que...

—Pero ¿no trata de la guerra de África y de sus famosos héroes y generales?

—Por eso precisamente nos parece mucho más novela; porque imagínese usted cómo va á creer que semejantes generales han existido quien conozca á nuestro actual Linares.

—¿De modo que *Aita Tettauen* merece leerse? Pues mire usted, yo no me decidía á hacerlo hasta ver qué opinaba respecto de esa obra el Sr. Díaz de Mendoza (D. Fernando).

—Pero ¿Díaz de Mendoza es crítico?

—Lo mismo que actor, poco más ó menos. De lo que él entiende principalmente es de cuáles son los autores que ganan dinero y los que no lo ganan.

—¡Caramba! entonces podría escribir otro libro como el de Carnegie: *El A B C del dinero teatral*. Y debía enviarlo á *La Vida literaria*, de Barcelona.

—Pues, la verdad, yo creo que así, quien mejor pudiera ejercer el sacerdocio de la crítica es el cajero de la Sociedad de Autores.

—A eso caminamos, mi querido amigo. Ya sabrá usted que entre la Literatura y la Economía política, ó mejor la Hacienda pública y privada, no existe el divorcio que algunos tontos han indicado. ¡Quíá! Precisamente, si por algo hay que alabar á un literato ilustre y organizar homenajes en su favor, es... por haber defendido á capa y espada á esa bienhechora y patriótica y archisimpática sociedad llamada el Banco de España.

—Ya, ya caigo en la cuenta.

—Es natural. Usted escribe cuatro, seis, ó veinte, ó cien novelas que nadie lee. Pues usted es un impotente y no tiene ropa negra, ni casa propia, ni nada. Pero usted se dedica á entonar himnos á la bella y consoladora y patriótica subida de los cambios, gracias á la cual si tiene usted que cobrar algo del Extranjero, verá los cien mil francos convertidos en ciento treinta mil ó ciento cuarenta mil pesetas, pongo por caso... ¿eh? Pues claro está entonces que usted no es impotente, ni merece más que el acatamiento universal. Aquí no hay más glorias de la patria sino las que el Banco de España nos proporciona y nos cobra.

—De modo que *Aita Tettauen*...  
—Déjese usted de eso. *Aita Tettauen* es una admirable novela y Galdós un gran escritor, pero riase usted de todas estas cosas en cuanto Carnegie-Díaz de Mendoza escriba su *A B C del dinero* aplicado á la literatura. De fijo que le conceden la mitad, ó la cuarta parte, ó un décimo, ó una aproximación, ó un reintegro del próximo premio Nobel.

—Hombre, me parece muy difícil, porque como los señores que otorgan ese premio son suecos y no saben el castellano...

—¡Toma! Es que si lo supieran no se lo otorgarían.

—Me ha convencido usted. Ea, abur, que me esperan unos admiradores entusiastas que ahora están muy atareados.

—¿En qué?

—¡Ahí es nada! Me quieren tanto y están tan sumamente entusiasmados conmigo, que, aunque lleven un año discuriéndolo, no saben cómo obsequiarme. Uno propone que se me cuelguen doscientas y pico coronas de laurel; otro, que se me invite simplemente á tomar unos chatos en el Sanatorio; hay quien quiere dar mi nombre á una calle de la Ciudad Lineal, donde ya existen muchos carteles que rezan *Calle de Lucas Gómez, Plaza de Siro Cachúpez*; en fin, hay quien no sabiendo qué tirarme, ha estado á punto de tirarme un tiro...

—Viejecillo es el cuento, compadre.

—¿Viejo? Ya lo sé; pero tanto mejor, porque como ahora resulta que los impotentes son los jóvenes...



## ... Y armas al hombro

Vamos á hacer una pregunta, á título de mera curiosidad.

¿Se podrá saber qué ha hecho todos estos días en Viena el hombre de las tres lenguas, por mal nombre ministro de Estado?

Una parte bonachona y cándida de la Prensa ha dicho que el Sr. Villaurrutia iba á traerse para casa los trastos que tenía allí.

¡Caramba, cuánto da que hacer la madera curvada á los embaladores!

Hay quien piensa que no son de esa madera los trastos que trata de traer el Sr. Villaurrutia.

Y hasta quien asegura que sencillamente se va á limitar á traernos de Viena una clásica barra de pan.



Sin duda, querrá parodiar cierta augusta frase histórica.

La de la reina María Antonieta:

«El pueblo se queja porque no tiene

pan. Pues ¿por qué no come bollos?»  
Y milagro será que al fin y al cabo no comulgamos con barras de Viena.

**L**a veda ha comenzado.  
El pelo y la pluma están de enhorabuena.

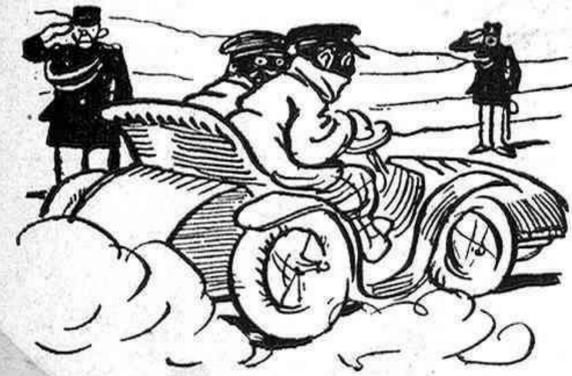
Gedeón que, como nadie ignora, es un aficionado impenitente al deporte cínico, está desconsoladísimo.

—¿Dónde iremos ahora? ¿Qué haremos en nuestros melancólicos y solitarios ratos de ocio?—suele decirle a Calínez, su eterno acompañante.

Pero su perplejidad no va á durar mucho, según los mejores informes.

Calínez ya ha aconsejado á su amigo lo que ha de hacer.

Y como en todos los países de Europa no coincide la época de la veda, vean ustedes.



Gedeón está resuelto a tomar el automóvil y pasar la frontera.

A buscar conejos al Extranjero.

**A**unque nuestros queridos colegas no lo hayan recalado cuanto el asunto lo merece, sabemos de buenísima tinta que la silba otorgada á nuestro predilecto ex hombre público D. Francisco Silvela en Barcelona y sus alrededores, ha sido de las de gran espectáculo.

Una silba completa, definitiva, estruendosa, exornada y aparatada con una *mise en scene* verdaderamente admirable y tentadora.

Colgaduras negras y todo.



¡Qué espectáculo tan agradable!

Y ¡cuánto sentido común hay en la industriosa Cataluña, á pesar de *Els segadors!*

Anda, anda: que les vaya el ex Don ex Paco á los catalanes con historias de la Etica...

¿Se habrá creído que toda España es como los jóvenes medio sociólogos, medio luisés, de la docta casa de la calle del Prado?

¡Ah, señores, qué ejemplo tan consolador!

¿Qué decís, nobles socios del Ateneo?

¿Queréis que para la próxima conferencia nos sintamos catalanes por un par de horitas?

Porque si no, van á pensar en Cataluña que aquí no distinguimos de colores ni tocamos pito.

**Y** ya que hablamos del Ateneo, convendrá no dejar á ustedes en la ignorancia de que, aprovechando un descuido, se ha colado en la docta casa nuestra no menos predilecta doña Emilia.

—¡Vaya una *socia!*—como decimos en parte del distrito del Hospital y en todo el de la Latina.

¿Y á que no saben ustedes qué fué lo primero que se le ocurrió pedir á la eximia autora?

—¿La presidencia?

—Todavía no, pero todo se andará.

Lo primero que pidió fué que en la casa hubiese máquinas de escribir á disposición de los socios, y de las socias, naturalmente.

—Yo—decía fingiendo ó intentando fingir esos *tics* nerviosos que tan mal le salen á la señora Guerrero,—yo ya no sé escribir de otra manera.



Muy convencidos íbamos estando de que doña Emilia hace algún tiempo que escribe á máquina; pero puesto que ella misma lo confiesa en público, bueno es ponerlo en conocimiento de nuestros escasos lectores.

Lo que no sabemos es de qué clase preferirá la máquina de escribir.

Aunque algunas malas lenguas aseguren que prefiere la marca Remington.

**E**n el teatro de la Princesa y en el de la Política se está representando *Otelo*.

En la Princesa, el papel de protagonista corre á cargo de Thuillier.

En la Política, á cargo de D. Antonio Maura, moro de Palma de Mallorca, á quien también persigue el monstruo de los ojos verdes.

¡Qué bien lo hace Maura!

A nosotros, en lo que más nos gusta es en el último acto.



Cuando se lanza sobre Desdémona-Villaverde y le dice las terribles palabras:

—¿Has rezado esta noche, Desdémona?

**R**ecordarán ustedes que en la plaza de Isabel II tenemos una estatua de la Comedia.

Realmente, las mismas razones hay para que esa estatua se encuentre allí, que para la continuación de Villaverde en el Poder.

Pero el caso es que allí está, sin que nadie la discuta, ni siquiera se piense en tributarla un homenaje proporcionado á sus méritos, á su ancianidad ya respetable y á los servicios que viene prestando durante años y años.

Pues bien; esta bella estatua está llamada á desaparecer, gracias á la poderosa y oportunísima iniciativa de nuestro querido amigo el alcalde de Madrid, á quien ya era hora de que pudiéramos tributar otro homenaje también desinteresado é indiscutible, dicho sea con permiso del notable concesionario del teatro Español, Sr. Díaz de Mendoza (D. Fernando), á quien no hemos consultado para ello, corriendo, por nuestra parte, el riesgo de que nos llame insignificantes, impotentes, envidiosos, ó cualquier otra cosa desagradable.

¡Oh, si el Sr. Díaz de Mendoza supiese defender los papeles que los autores le confían, con el mismo entusiasmo que pone en atacar á la impotencia juvenil!

¡Oh, si los resultados de sus ataques á la impotencia sobredicha fueran tan grandes como la furia con que la combate! ¡Mal año para el Pajarete orquídeo y demás específicos afrodisiacos y vigorizadores!

Pero no divaguemos.

Con permiso del Sr. Díaz de Mendoza, que es, por ahora, el encargado del ramo de reputaciones juveniles, vamos á dar un bombo al alcalde.

¿Por qué?

Porque, en vista de que la estatua de la Comedia lleva tantos años con el antifaz en la mano y sin atreverse á usarle, el señor conde de Mejorada ha dispuesto que la estatua se baje de su pedestal y pueda asistir á los bailes de máscaras próximos, empleando el antifaz que ostentaba inútilmente.

Ea, ya tenemos á la Comedia dirigiéndose resueltamente al *Forty-Club*.



Ahora, que la conquiste el que tenga agallas.

Para mí que Tirso Escudero no va á ser.

¿Y á quién colocarán en el pedestal vacante?

Mucho cuidado, señor Alcalde. ¡Mire V. E. que ya tenemos por esas calles bastantes *Don Tancredos!*

# INSTITUTO DE FORMAS SOCIALES

NO SE TRABAJA LOS DOMINGOS



## EL UTILISIMO INSTITUTO

UN MIEMBRO.—SEÑORES, CREO DE NECESIDAD IMPRIMIR TODOS NUESTROS ACUERDOS...

Todos.—¡ELE! A IMPRIMIRLOS.

EL MIEMBRO.—NO HE CONCLUÍDO AÚN. PARA LO QUE HAN DE SERVIR, PROPONGO QUE SE IMPRIMAN EN PAPEL DE SEDA, QUE ES MÁS HIGIÉNICO.